

EL ENEC 20 AÑOS DESPUÉS



El doctor Gustavo Andújar, vicepresidente de SIGNIS mundial e importante laico católico cubano, responde a Espacio Laical acerca de sus criterios sobre el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, significativo evento de la Iglesia efectuado en 1986.

Por Arístides O'farrill

Era Ud. un joven de poco más de 30 años cuando se celebró el ENEC. Como católico y profesional insertado en el mundo de la investigación en Cuba, ¿cómo percibió aquel momento?

Bueno, no era ya tan joven. Tenía 38 años cuando participé en el ENEC.

En tu pregunta te refieres a un momento específico, el del ENEC, pero para describirte adecuadamente lo que representó para mí, tendría que hablarte de todo el proceso que condujo al ENEC: lo que se llamó la Reflexión Eclesial Cubana, la REC, que comenzó a gestarse en 1979, lentamente primero, pero que ya desde 1983 se desarrolló con gran intensidad en todas las comunidades católicas del país. Nunca he olvidado lo que dijo monseñor Carlos Manuel de Céspedes en la última de las reuniones de la Comisión Central, unos pocos días antes del ENEC: «No podemos reducir la REC al ENEC, ni el ENEC al documento». Su recomendación sigue teniendo valor hoy. Para tener una adecuada valoración del ENEC, éste no puede analizarse como un acontecimiento aislado, sino como la culminación del amplio proceso de reflexión y participación eclesial que lo gestó y lo avala. Más importante incluso que ese extraordinario Documento Final, que ha dejado pasmados a tantos misioneros que han llegado a Cuba esperando tal vez encontrar una Iglesia agonizante, y se maravillan de que esta Iglesia pequeña y sufrida haya producido un documento de tal envergadura. Más importante, te decía, que ese Documento, es lo que representó para la memoria vital de nuestra Iglesia, el haber vivido una experiencia de participación y corresponsabilidad como la que fue todo el proceso de la REC y el ENEC.

Por otra parte, lo cierto es que en aquel momento no teníamos una medida de lo que estábamos viviendo. Teníamos, sí, como una intuición de que era algo serio e importante, y esa convicción se mostraba en el grado de entrega y dedicación con que se acometían las tareas, sin computadoras, ni fotocopadoras, ni muchos otros recursos que hoy consideramos imprescindibles. En la Subcomisión de Encuestas de la REC, que realizó un trabajo ingente, todas las encuestas se policopiaban a mimeógrafo y los resultados se pasaban a unas grandes hojas de papel columnar, tan extensas que las llamaban «sábanas». Los cálculos se hacían a mano o con calculadoritas de bolsillo y los resultados se visualizaban mediante resúmenes gráficos trazados a punta de lápiz. Hubo etapas en que literalmente toda la Iglesia estaba en función de ese proceso, desde las comunidades más alejadas hasta los obispos.

Sí, estábamos convencidos entonces de que lo que hacíamos era importante, pero no lo podíamos percibir entonces en todo su alcance. Sólo el paso del tiempo nos ha permitido descubrir cuán importante fue aquello que vivimos, y cuán radicalmente cambió el modo de presencia y acción de la Iglesia en la realidad cubana, con ese paso que se ha descrito acertadamente como «de una pastoral de mantenimiento –o supervivencia–, a una pastoral misionera». Cuando miro atrás, y veo lo que hicimos, comprendo lo que es ser instrumento de Dios. Hace que me sienta muy humilde, porque te puedo decir con honestidad que yo participé en todo aquello sin darme cuenta de su alcance. Simplemente no podía imaginarme que estaba siendo parte de algo tan grande. Y es que la REC y el ENEC no los hicimos nosotros. Fue la obra del Espíritu, y yo le doy gracias a Dios por haberme permitido estar allí y ser su instrumento.

¿Por qué el ENEC? ¿Por qué en la década del 80 y no antes o después?

El proceso REC-ENEC está directamente vinculado con el proceso de renovación constante que vive la Iglesia, y en particular con el promovido por el Concilio Vaticano II, de cuya clausura se han cumplido recientemente 40 años. Los obispos latinoamericanos se habían reunido apenas tres años después de terminado el Concilio, en 1968, en Medellín, Colombia, y algunos años más tarde, en 1979, en Puebla, México, para reflexionar acerca de la realidad de nuestros países y trazar líneas pastorales inspiradas en las del Concilio y ajustadas a

nuestra situación. En ambas reuniones participaron obispos cubanos y los documentos que de ellas emanaron fueron atentamente estudiados por los católicos de la isla, pero se hacía evidente que había poco en ellos que pudiéramos aplicar en Cuba, dado que nuestra realidad política, económica y social era muy diferente de la del resto de América Latina. Los documentos del Concilio, por otra parte, habían sido ampliamente divulgados (en la medida en que nos permitían los limitadísimos medios de que disponíamos, claro) y eran bastante conocidos, de modo que se sentía crecientemente la necesidad de aprovechar todo aquel riquísimo legado, expresándolo en lineamientos pastorales ajustados a nuestra situación específica.

Ese es el contexto en que se producen la REC y el ENEC. La chispa que faltaba la proporcionó el siempre recordado monseñor Fernando Azcárate, antiguo Obispo Auxiliar de La Habana, durante una convivencia sacerdotal en El Cobre, durante la cual los participantes reflexionaban precisamente sobre el documento de Puebla. Monseñor Azcárate, a partir de esa convicción –ampliamente compartida– de que ni en Puebla ni en Medellín se había abordado la realidad cubana, lanzó («...con más miedo que otra cosa...», relataba posteriormente, con su humildad característica) la idea de que realizáramos lo que llamó «un Pueblita para Cuba»: una reunión en la que la Iglesia reflexionara sobre su ser y su quehacer en medio de la realidad cubana. El resto es la historia que todos conocemos. Sólo quisiera añadir que siempre me ha parecido muy significativo que la idea de realizar la REC y el ENEC haya surgido precisamente allí, en El Cobre, a los pies de la Madre de todos los cubanos.

En cuanto a que haya sido en los ochenta, y no antes o después, te digo algo que acostumbro comentar a mis amigos de otros lugares: lo mejor que tiene vivir en Cuba es que uno desarrolla un gran sentido de la Providencia, porque aquí se hace muy evidente que está uno siempre en las manos de Dios, que es, dicho sea de paso, donde mejor se está, aunque a uno no siempre le parezca así. En esa misma línea, pienso también que vivimos en el tiempo de Dios, y las cosas acontecen cuando les llega su momento, ni antes ni después.

La Iglesia, que no se ha ido de Cuba, y no se va: permanece junto al pueblo aquí, donde el Señor la puso para ser sal de la tierra y luz del mundo, viviendo el misterio del grano de trigo, que debe morir para dar fruto abundante.

En 1984, exactamente dos años antes del ENEC, se invita a la OCIC Mundial a formar jurado en el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, entre cuyos miembros aparecen dos cubanos. Unos meses después de concluido el ENEC, OCIC Cuba celebra por todo lo alto su cincuenta aniversario. Los hechos antes referidos indudablemente crearon un clima de distensión entre la Iglesia y los representantes marxistas de la cultura en Cuba. ¿Tuvieron alguna influencia en el ENEC, antes o después de concluido éste? ¿La labor del apostolado del cine tuvo alguna preponderancia en las sesiones o documentos del ENEC?

De inicio, habría que decir que en el momento que señalas, a finales de 1984, porque el Festival se celebra en diciembre, ya la REC entraba en su etapa final, tras varios años de trabajo, los dos últimos de ellos muy intensos. Las asambleas diocesanas de la REC, que la culminaron, se celebraron apenas seis meses después.

Pienso, sin embargo, que esas buenas relaciones de la Iglesia en Cuba con el mundo del cine en el país –excelentes en algunas etapas, buenas siempre–, y en general con el mundo de la cultura, contribuyeron muy positivamente al clima de diálogo con nuestra realidad que el ENEC se propuso fomentar y desarrollar. Ya la labor de la subcomisión de historia de la REC, en su reseña sobre la evangelización en Cuba, había destacado el rol que en este contexto había desempeñado el Centro Católico de Orientación Cinematográfica (después OCIC-Cuba).

Claro, que en un encuentro como el ENEC, con unos objetivos tan amplios y abarcadores, no podía dedicar mucha atención a los empeños de apostolado especializado como el CCOC, que apenas se menciona en una de las líneas de acción del capítulo sobre Fe y Cultura del Documento Final, pero esa labor resultaba un ejemplo luminoso de que un diálogo mutuamente enriquecedor con el mundo de la cultura no sólo era posible, sino que de hecho se había venido realizando durante años, para bien de la Iglesia y del país.

Al leer el Documento Final del ENEC se tiene la sensación de que muchas de sus partes conservan vigencia. Pero paradójicamente, la nueva hornada de católicos cubanos, incorporados a la Iglesia en los noventa, apenas lo conoce. ¿Cree Ud. que se le ha echado a un lado, consciente o inconscientemente, o acaso lo que valió para aquel momento ya no es válido para estos tiempos?

Echar a un lado ciertamente no, porque no ha habido un abandono de las opciones fundamentales del ENEC, que han continuado inspirando los planes pastorales de nuestra Iglesia, y tampoco es cuestión de que hayan

perdido validez, aunque ciertamente estos son otros tiempos, y las circunstancias han cambiado mucho. Yo diría más bien que no lo hemos aprovechado plenamente, y en eso me parece que ha pasado lo mismo que con los documentos del Concilio, que uno los relee y no puede menos que asombrarse de cuánta sabiduría encierran y cuánta vigencia mantienen, y sin embargo no los estudiamos sistemáticamente y, lo que es peor, no se los presentamos a los que llegan a la Iglesia o regresan a ella, que no los conocen.

Tal vez haya influido que sólo recientemente nos hemos percatado de que cerca del 75 % de los miembros de nuestras comunidades llevan 15 años o menos en la Iglesia, de modo que no tienen idea de lo que fueron la REC y el ENEC, y mucho menos el Concilio Vaticano II. Este dato sociológico tan importante tendrá un impacto considerable en el quehacer pastoral.

Mucho se habla de celebrar el 20 aniversario del ENEC y seguramente a lo largo del año habrá varias celebraciones y muchos artículos referidos al mismo. Ud. mismo hizo un documental que celebra el acontecimiento y en el que podemos ver y oír al cardenal Eduardo Pironio, enviado especial del Santo Padre Juan Pablo II al Encuentro, definir el evento como «un Pentecostés de la Iglesia cubana». Sin embargo en todos los documentos se habla de Iglesia encarnada, Iglesia que camina junto al pueblo de Cuba, pero esto contrasta con que la mayoría de los gestores del evento están fuera de Cuba o alejados de la Iglesia. ¿Este pequeño resto que ha permanecido en la isla y en la Iglesia ha logrado mantener vivo el espíritu del ENEC?

Yo no he hecho un estudio estadístico, pero me parece exagerado decir que “la mayoría” de los gestores del ENEC se ha ido. Es verdad que muchos se han ido del país, como también se han ido muchos cubanos no vinculados a la Iglesia. Es un dato de nuestra realidad que cerca de uno de cada seis cubanos vive fuera de Cuba, y que esa sangría no muestra signos de parar. No hay más que mirar el propio entorno: la familia, los amigos y vecinos...

Pero tu pregunta va más allá, porque encierra como un reclamo de fidelidad, y la respuesta a ese reclamo está en el propio testimonio de la Iglesia, que no se ha ido de Cuba, y no se va: permanece junto al pueblo aquí, donde el Señor la puso para ser sal de la tierra y luz del mundo, viviendo el misterio del grano de trigo, que debe morir para dar fruto abundante. El nuevo Obispo Auxiliar de La Habana, Monseñor Juan de Dios Hernández, ha escogido como lema episcopal «Que Él crezca», la frase con que Juan el Bautista resumió su opción de oblación personal en aras de la construcción del Reino. Es gracias a los muchos que han hecho esa opción, que se mantiene vivo el espíritu del ENEC.

¿Qué nos ha faltado del ENEC y qué se pudiera hacer a veinte años de distancia para lograrlo?

Hablando en términos deportivos, la REC y el ENEC «dejaron el listón muy alto» en cuanto a una participación eclesial amplia y corresponsable. Es cierto que era una Iglesia mucho más pequeña numéricamente, y mucho más homogénea en términos de formación y nivel de compromiso de los fieles, pero aquel momento de gracia se alcanzó porque todos vibramos con un solo corazón y una sola alma. A veinte años del ENEC, habría que divulgar mucho más su Documento Final y esforzarse en transmitir a los nuevos miembros de nuestras comunidades las riquísimas experiencias que nos aportó aquel proceso. Será, sobre todo, un reto permanente para la Iglesia tratar de alcanzar y mantener, en las múltiples facetas de su acción pastoral, ese espíritu de corresponsabilidad y ese estilo ampliamente participativo, que es el más valioso legado de la REC y el ENEC.